

Y ver las perlas, diáfanas, redondas,  
Que la noche al pasar dejó prendidas  
Sobre la abierta flor, colgando en ondas  
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces, escuchar en la espesura,  
De la paloma la sentida queja,  
Que más que la expresión de su ternura  
Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece  
Al desatarse en dulce melodía,  
Y que desde la rama en que se mece  
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores!  
¡Ah! ¡cuánto envidia tú vivir sencillo,  
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado  
Con que su amor tu compañera llora,  
El gorjeo sentido y delicado  
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores,  
Sin que te paren importunas leyes;  
Que del aire los plácidos cantores  
No han menester repúblicas ni reyes.

Ni palacios, ni templos, ni mezquita  
Ni Senado, ni Bey, ni Capitolio,  
Ni mandatario altivo que dormita  
En alta silla ó encumbrado solio.

Ni hay banderas vistosas y lucidas  
Que flotan á merced del aire vago;  
Ni conoces las lanzas homicidas,  
Ni de la guerra el destructor amago.

No dice un rey: SOLDADOS, Á LA GLORIA.  
LA PATRIA OS LLAMA: Á LA BATALLA, OS DIGO.  
BUSCAD LA MUERTE Ó TRAEDEME LA VICTORIA,  
QUE LA PATRIA SOY YO. VENID CONMIGO.

Y en sangre del hermano desgraciado  
No vas tus plumas á manchar bermejas,  
Y cada al corazón golpe asestado  
Un triunfo no es que vencedor festejas.

No dice un mirlo de golilla y toga:  
ESTA ES LA LEY; Á MUERTE TE CONDENA,  
Y al cuello te echan la infamante sogá,  
Ó arrastras, infeliz, dura cadena.

Ni al dintel del alcázar opulento  
Vas á llevar tu palidez sombría,  
Para mezclar con tu apagado acento  
Las risas destempladas de la orgía.

Que el campo para ti su gala ostenta,  
Y el grano encierra la ondulante espiga,  
Y el sabroso manjar que te sustenta  
En cada flor encuentras sin fatiga.

Que para ti desde ese monte cano  
Se despeñan las aguas destrenzadas,  
Ó mansamente corren por el llano  
En bella confusión desparramadas.

Y su cándida faz esplendorosa  
La aurora asoma en el nevado Oriente,  
Para teñir de púrpura y de rosa  
Tu plumaje riquísimo y luciente.

Que para darte abrigo regalado  
La enredadera y el jazmín silvestre  
En el aire suspenden, festonado  
Su misterioso pabellón campestre.

¡Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores!  
¡Ah! ¡cuánto envidio tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus prados y tus flores!

Yo buscaré la dicha en tus cantares,  
En tus bosques la paz y la ventura,  
Y acallaré la voz de mis pesares  
De quieta soledad en la espesura.

### LAS ORILLAS DEL RÍO.

Inquieto, transparente,  
Ya dócil, ya bramando,  
En su lecho de plata refulgente  
Undoso el Chorón corre impaciente;  
Y sus ondas regando,  
Va sus verdes orillas matizando.

¡Cuán diáfano retrata  
Los techos de verdura  
Y los peñascos en su linfa grata!  
Su blanca espuma se disuelve en plata,  
Y reluciente y pura  
La arena, en lo hondo, cual cristal fulgura.

Ayer tal vez rugiendo  
Por la borrasca hinchado,  
Con ronco son y pavoroso estruendo,  
Iba su linda margen convirtiendo  
En yermo desolado,  
Ahuyentando las aves y el ganado.

Hoy gusta los olores  
Del aire gemebundo:  
Sosegado y gentil bulle entre flores:

Pasa festivo susurrando amores,  
Y libre y vagabundo  
Corre á su eternidad..... ¡el mar profundo!

Con rapidez extrema  
Rodando sus cristales,  
Es de la vida frágil el emblema,  
Que arrastrando consigo su anatema,  
A abismos eternos  
Va á deponer sus glorias y sus males.

¡Bellísimas mansiones!  
¡Pacíficos lugares  
Tan llenos de quiméricas visiones!  
¿Por qué vibran tan dulces vuestros sonos?  
¿Lloráis vuestros pesares,  
Ríos, que vais á hundiros en los mares?

¿Ó es el eterno beso  
De rústicas deidades  
Quien da sus tonos al follaje espeso?  
¿Quién puso y para qué tanto embeleso  
En estas soledades,  
Y prodigó á las aguas sus bondades?

¿Sobre estos bordes fríos,  
Qué numen bondadoso  
Puso estos verdes árboles sombríos?  
¿Qué espíritu de paz mora en los ríos,  
Y duerme voluptuoso,  
Al son de su concierto melodioso?

No pienso con locura  
Que el eco peregrino  
Con que la onda pacífica murmura,  
Que suena al corazón con la dulzura  
De un cántico divino,  
Murmura sin razón y sin sentido.

¿Qué importa la alegría  
Con que la tierra alienta,  
Si esta agreste, selvática armonía  
Muere y se pierde en la ribera umbría;  
Si no hay, cuando la ostenta,  
Vista que goce y corazón que sienta?

Oculto inteligencia

Acaso se recrea  
En este blando asilo de inocencia:  
Del bosque aspira la fragante esencia,  
Sus bóvedas pasea,  
Y el fresco de sus sombras saborea.

Acaso el manso viento

Que en la floresta gira,  
Ó en torno de las ondas, es su aliento.  
Tal vez este rumor con cuyo acento  
La soledad suspira,  
Es la música eterna de su lira.

Arcángel invisible

Que vaga en la espesura;  
Por quien suspira el céfiro apacible;  
Espíritu intermedio entre el temible  
Autor de la natura,  
Y su frágil y humana criatura.

Él sabe si el ambiente

Que hora manso resuena,  
Es el mismo que, á veces inclemente,  
Y vuelto tempestad, brama impaciente  
En la floresta amena,  
Y de ruina y destrozo el campo llena.

Él entiende el idioma

De la onda que se aleja,  
El arrullo de amor de la paloma;  
Sabe dónde su olor halla la aroma,

Y si la encina añeja,  
Cuando arma su clamor, canta ó se queja.

Él sabe quién marchita

La flor que nace apenas:  
En qué cavernas lóbregas habita  
El eco solitario: quién agita  
Las auras de olor llenas:  
Dónde y cómo germinan las arenas:

Y este ángel solitario,

La tierra que murmura  
Convirtiendo en magnífico incensario,  
Presenta á Dios este lamento vario  
Como la esencia pura  
Que á su Criador ofrece la natura.

Y este clamor del suelo,

Que se alza por doquiera,  
Este himno universal, tomando vuelo,  
Sube de sol en sol, de cielo en cielo,  
Y de una en otra esfera  
Llega al trono de luz do Dios impera.

Tus genios ó tus fadas,

¡Oh! dime dónde habitan,  
Hermoso Choróni. ¿Son sus moradas  
Tus flotantes y verdes enramadas  
Que nunca se marchitan,  
Ó en tu onda sobrenadan y se agitan?

¿Habitan de las peñas

Los antros tenebrosos,  
Ó vagan en tus márgenes risueñas?  
¿Se bañan en las aguas que despeñas,  
Ó danzan tumultuosos  
Bajo tus frescos árboles frondosos?

¿En rápida barquilla  
 De nácar reluciente,  
 Con mástil de oro y con dorada quilla,  
 No van surcando tu frondosa orilla,  
 Ó en brazos del ambiente  
 No se dejan llevar de tu corriente?

¡Feliz, feliz quien mira  
 Tus márgenes serenas,  
 Y con tu paz fantástica delira;  
 Quien mezcla los acordes de su lira  
 Al ruido con que sueñas  
 Cuando arrastras tus límpidas arenas!

Pacífico, contento,  
 Perdido en tus riberas,  
 Mi discordante voz soltaré al viento;  
 Y libre allí del cortesano aliento,  
 Tus linfas pasajeras  
 Serán mi amor, mi mundo y mis quimeras.

Me servirán de alfombra  
 Las hojas que derrama  
 El árbol colosal bajo su sombra;  
 De templo, ese infinito que me asombra;  
 Y la menuda grama,  
 De mullido cojín ó blanda cama.

Prepararé gozoso  
 Mi caña y mis cordeles,  
 Y bajaré á tu margen delicioso;  
 Será mi alcázar tu javillo umbroso,  
 Sus ramas mis doseles,  
 Y tu rústica orilla mis verjeles.

El dulce pajarillo  
 Reposará su vuelo  
 Bajo la espesa rama del javillo;  
 En tanto que el plateado pececillo,

Incauto y sin recelo,  
 Vendrá él mismo á prenderse en el anzuelo.

Con paso acelerado  
 Acaso me encamine  
 Á tu orilla gentil; allí sentado  
 El libro celestial leeré arrobado  
 Del tierno Lamartine,  
 Su canto oyendo hasta que el sol decline.

Así la dulce vida  
 Pacífica y ligera,  
 Bajo tu sombra pasará escondida;  
 No entre el placer que brinda fementida  
 La corte lisonjera,  
 Para acabar más presto mi carrera;

Como la frágil rosa  
 Cortada en los jardines  
 Para adornar la frente de una hermosa,  
 Que entre música blanda y sonora,  
 Damascos y cojines,  
 Perece antes de tiempo en los festines.

Prepararé gozoso  
 Mi caña y mis cordeles,  
 Y bajaré á tu margen delicioso;  
 Será mi alcázar tu javillo umbroso,  
 Sus ramas mis doseles,  
 Y tu rústica orilla mis verjeles.

El dulce pajarillo  
 Reposará su vuelo  
 Bajo la espesa rama del javillo;  
 En tanto que el plateado pececillo,